

VOCACION RELIGIOSA EN CENTROAMERICA  
=====

Qué deba ser hoy en día una vida religiosa y, más concretamente, una vida de jesuíta en Centroamérica, es algo que no se puede determinar teóricamente a priori. La vida religiosa supone un testimonio y una actividad en una circunstancia concreta. Por lo tanto, lo que deba ser nuestra vida jesuítica en Centroamérica, hay que encontrarlo en la confluencia de dos coordenadas: 1ª. Los condicionantes psico-sociológicos de la realidad actual centroamericana (y casi habría que decir, de cada país); 2ª. La finalidad específica que debe perseguir el cristianismo (la Iglesia, la Compañía). Estas dos coordenadas determinarán cuál debe ser nuestro modo concreto de vida. A la vista de este "ideal", podrán señalarse los pasos necesarios a fin de evolucionar a partir de nuestro modo actual de vida.

1.- CONDICIONANTES PSICOSOCIOLOGICOS.

a) Situación social (estadísticamente considerada). El más elemental de los análisis estadísticos sobre la situación social centroamericana nos enseña que existe un 20 % de personas que viven, prácticamente, a nivel europeo o norteamericano, mientras que un 80 % viven en una pobreza casi absoluta. Esta situación manifiesta una curiosa paradoja: si el 80 % se encuentra marginado de la vida social (política, cultural y religiosa), antropológicamente la marginación se invierte, es decir, los verdaderamente marginados de la realidad centroamericana (y latinoamericana) son ese 20 %, cuya vida en ningún aspecto corresponde a la realidad. Por lo demás, como muy bien ha señalado el P. Arrupe, no será de ese 20 % de donde salgan, en el futuro, los valores dinámicos ni las fuerzas progresistas. Así, si nuestro apostolado se concentra (como de hecho se ha concentrado en gran parte) en ese 20 %, nos incorporaremos al número de marginados reales y, por lo tanto, a un sector claramente en baja (con vistas al futuro).

b) Deuda grave frente al 80 %. Ningún análisis de la vida religiosa puede prescindir de su pasado histórico. Ya no se trata de encontrar lo que en sí sea más justo. Se trata de que la Iglesia y, más concretamente, la Compañía de Jesús, ha colaborado con su apostolado parcial (=clasista, pues se ha aplicado casi exclusivamente a ese 20 % de privilegiados) a ahondar más y más una situación flagrante de injusticia. No es ninguna novedad reconocer que la Iglesia y la Compañía han sido instrumentos en las manos del capitalismo, instrumentos de alienación y de injusticia. Todos estamos de acuerdo para reconocer (hechas las salvedades necesarias) esta realidad. Pero el reconocimiento de tal pecado histórico nos impide que planeemos nuestro apostolado futuro a partir de cero, es decir, como si tuviéramos que enfrentarnos con la realidad centroamericana por primera vez. Tenemos que asumir la responsabilidad de este pecado histórico-social y, por consiguiente, repararlo. Nuestra deuda para con el 80 % de marginados sociales es ineludible. Si un análisis objetivo nos señalaba la necesidad de consagrarnos a su servicio, el hecho de que hayamos colaborado a crear el estado de injusticia en que se encuentran, nos obliga a aceptar este servicio como una reparación. Nuestro modo de vida religiosa y nuestro apostolado no serán auténticos, ni mucho menos eclesiológicos, si no estamos dispuestos a aceptar este pecado histórico y a asumir la responsabilidad grave de su reparación.

c) La secularización. No hace falta insistir en lo que este fenómeno significa como determinante del futuro de la vida religiosa en Centroamérica. Es demasiado patente y lo llevamos todos dentro de

nosotros mismos. Recordemos, simplemente, el cambio radical de la situación humana a la que conducen el fenómeno del urbanismo y de la emigración de grandes masas humanas a las ciudades (grandes aglomeraciones, desarraigo psicológico, despersonalización, etc.); la transformación que supone la invasión de los medios de comunicación e información (radio, TV, periódicos, revistas, cines...); la sensibilización de la conciencia con respecto a las clases sociales que produce la tecnificación, y el contacto cotidiano con todos los avances de la civilización (propaganda, etc.). En fin, el papel cada vez más importante que juegan en la determinación del hombre contemporáneo y de su visión de la vida, el pragmatismo y lo que se ha dado en llamar "el ocaso de las ideologías".

Todos estos condicionantes integran la situación prerrevolucionaria que se vive actualmente en Centroamérica, situación en la que tendremos que vivir con algo más que buenas palabras, si no queremos que la corriente nos deje totalmente al margen. En este sentido, quizás sea importante considerar que el sacerdote es el único actualmente en posibilidad sociológica de establecer un puente entre el 80 % y el 20 % de la población.

d) Religiosidad vivida. Ciertamente, la fe del pueblo centroamericano es mucho más profunda y auténtica de lo que se suele creer desde Europa. Sin embargo, esta fe es integrada religiosamente a un nivel infantil o primitivo. Podemos señalar algunas características de esta religiosidad centroamericana:

1. La religión es más de tipo emocional-instintivo que intelectual. Se la vive en el plano de los afectos, emociones... pero no con la totalidad del ser humano (es el polo opuesto de la religiosidad puramente cerebral, que no integra el lado emocional).

2. La religión es vivida (pasividad) como algo mágico (poder del rito misterioso para influir en los acontecimientos de la vida y, en cierto sentido, para "manipular" a Dios) y mítico (que se remonta hereditariamente a los orígenes, por medio de costumbres, relatos y tradiciones).

3. Existe un abismo entre la vida "secular" y la vida "religiosa", entre la religión y la vida cotidiana, debido precisamente al carácter mágico-mítico de la religión. En este sentido, la religión juega un papel quizá preponderante en los acontecimientos y situaciones trágicas, que se sienten como momentos "fuertes" de la vida y, por lo tanto, religiosos. El tiempo normal no tiene ningún contacto directo con la religión: tiempo "fuerte" (religioso) y tiempo "débil" (normal) son planos alternantes.

Todos estos rasgos nos muestran una religiosidad infantil, pero no una falta de fe, o una fe "falsa" -como creen muchos europeos.

e) Riqueza humana. Algo que no se puede perder de vista a la hora de establecer los condicionantes psicosociológicos de la realidad centroamericana, es la riqueza temperamental de sus habitantes, riqueza que, por las condiciones inhumanas existentes, degenera a menudo en simple exuberancia, romanticismo o apatía. Hay que reconocer todo lo que de rico y peculiar existe en la idiosincrasia centroamericana, a fin de no querer europeizar religiosamente a nuestro pueblo -a costa siempre de una serie de valores existenciales.

No es posible sintetizar todos estos condicionantes (se podría analizar muy a fondo, y añadir otros muchos) en una línea simple, sino que hay que tomarlos cada uno en su valor indicativo. Así, nuestro modo de vida tiene que responder a la situación social concreta centroamericana, tiene que asumir la responsabilidad de nuestro pecado histórico, tiene que despojarse de todo lo que sea simplemente mágico-mítico (santa categoría antropológica ~~para~~ humana y religiosa) ~~para~~

~~eralizante en sentido peyorativo~~), tiene que ser original, adulto y encarnado en un pueblo.

## 2.- FINALIDAD DE NUESTRO APOSTOLADO.

Si partimos de lo más general, es decir, del hecho de que antes que jesuitas somos cristianos, y antes que cristianos, hombres, hemos de afirmar que la finalidad de nuestro apostolado no puede ser otra que colaborar al desarrollo integral de la sociedad humana. Ahora bien, el desarrollo tiene diversas facetas y aspectos. Lo importante es determinar si existe un aspecto en este desarrollo que deba ser específico de nuestra labor, es decir, si nuestra colaboración debe concentrarse en algún aspecto determinado del desarrollo.

Un desarrollo integral supone la creación de una sociedad en la que todos y cada uno de los individuos puedan realizarse como personas humanas. Esto incluye un desarrollo tanto intelectual, como físico y espiritual y, en definitiva, la posibilidad real de integrarse en todos los órdenes de la vida social, mediante el ejercicio de sus capacidades y características peculiares. Obtener una tal sociedad (en cierta medida, utópica), implica una base de justicia, de la que hoy estamos lejísimos. En este sentido, caminar hacia una mayor justicia implica, ante todo, una toma profunda de conciencia por parte de unos y otros (débiles y poderosos, ricos y pobres), es decir, lo que hoy se llama una concientización.

¿Cuál debe ser la labor apostólica de la Iglesia y de la Compañía, en el interior de este proceso de concientización - justicia - desarrollo integral? Evidentemente, la labor espiritual. Pero si concebimos la realidad espiritual, no como un terreno independiente, sino como un conjunto de valores que deben impregnar la vida del hombre donde quiera que proceda como hombre, llegaremos a la conclusión de que no es un trabajo específico el que ha de definir nuestra labor apostólica, sino una profundidad trascendente que hemos de dar a cualquier tipo de trabajo. Evidentemente, esta profundidad o este matiz tiene que tomar cuerpo en determinadas actividades, directamente religiosas (momentos litúrgicos).

Nuestra labor, por lo tanto, cualquiera sea el campo en que trabajemos, ha de ser una labor: 1- en pro del desarrollo de la sociedad utópica a la que aspiramos (lo que nos ha de llevar a oponernos abiertamente a todo lo que sea retrógrado en el campo de la educación, de la economía, de las relaciones laborales, etc.); 2- capaz de llevar a cualquier terreno el sentido trascendente de la existencia humana; 3- capaz de llegar a una expresión litúrgica, sin salirse de su terreno peculiar.

## 3.- MODO CONCRETO DE VIDA.

La confluencia de los condicionantes psicosociológicos, y de la finalidad de nuestra función apostólica, determina las características concretas que debe revestir nuestro modo de vida religiosa cristiana en Centroamérica. Podemos reducir a tres los principales rasgos que resultan de esta confluencia:

1) Vida religiosa en grupo. Es decir, comunitaria. Pero entendida la comunidad en su sentido más profundo (contrario a la comunidad "hotelera" tradicional). Este grupo ha de estar en coordinación íntima con todos aquellos que buscan, de una u otra manera, el mismo fin. Esto quiere decir que debemos intentar ser catalizadores de las fuerzas sociales progresistas (sean cristianos o no), unirnos en igualdad con

con ellos e, incluso, de iniciar pequeñas comunidades de vida, que constituyan auténticos focos de desarrollo.

2) Vida religiosa al nivel del pueblo. Podemos descomponer en cuatro características este nivel popular:

a. Pobreza. Pobreza real, en la medida de lo posible. Siendo, frente a los medios de que nos servimos para nuestro trabajo, como unos empleados más, es decir, no propietarios sino simples asalariados (con toda la inseguridad que esto comporta). Hay que ser sinceros, y procurar llevar una vida material mucho más en consonancia con la realidad del medio ambiente en que debemos vivir (el medio ambiente centroamericano). Vivir de un sueldo e, incluso, de un sueldo compartido con la pequeña comunidad, puede ser una manera de vivir la pobreza.

b. En el pueblo. Es decir, en medio de ese 80 % de marginados sociales, que constituye el gran pueblo centroamericano, y con el que tenemos una grave deuda de justicia. Esto quiere decir que nuestra vivienda ha de estar en un barrio corriente (no residencial), y ser una vivienda normal, semejante a la de un empleado u obrero: la misma vivienda que pueda tener una secretaria de uno de nuestros colegios, o un profesor (si es que trabajamos en el campo de la educación).

c. Desacralizada. Para que la referencia trascendente que pretendemos y debemos dar a nuestro trabajo pueda ser entendida por quienes nos rodean, nuestra vida ha de eliminar todos esos lastres conventuales-medievales-europeos, que impiden al hombre medio tomar nuestra vida como ejemplo concreto y directo. Es decir, para que el hombre con quien trabajemos pueda captar en su profundidad la referencia religiosa que pretendemos manifestar con nuestra vida, tiene que poderse identificar en cierta manera con este nuestro modo de vida. Ello quiere decir que le tenemos que ofrecer una vida asequible, sin las infinitas protecciones y reglamentaciones monacales que la hacen "sacral" y casi mágica. Esta desacralización supone, por consiguiente, una apertura en su sentido real y simbólico- a todo el ambiente que nos rodea. Sólo esta desacralización puede hacer de nuestra vida religiosa, una verdadera vida religiosa centroamericana.

d. Comprometida. Es una ilusión creer que se vive en el pueblo cuando no se participa de sus inquietudes ni de sus conflictos. Dicho plásticamente, "hay que estar dispuesto a "ensuciarse las manos". Pretender "no hacer política", es una manera concreta de hacer política: es apoyar de hecho al poderoso. En este sentido, hay que estar mucho más dispuesto a participar de una huelga, a ser la voz concreta del explotado, a ir a la cárcel, a luchar del brazo del comunista o del que sea. Es decir, a ser consecuentes con nuestro compromiso con el pueblo.

3) Vida religiosa eclesial y jesuítica. Nuestra especificidad jesuítica vendrá marcada mucho más por un dinamismo interno, que por una serie de normas externas. Más por una total y real disponibilidad, que por un prurito de superioridad intelectual y de "cajón-respuestas". Más por vivir la Iglesia al nivel del pueblo, que por tratar de imponer "una" Iglesia al pueblo.

#### 4.- PASO DEL PRESENTE AL FUTURO.

1) Una mera comparación superficial entre la realidad actual y la realidad que acabamos de señalar, nos muestra el abismo que existe entre ambas. Para salvar este abismo, es indispensable realizar un estudio científico, sereno, desapasionado (¡indiferencia ignaciana!), para ver si nuestras obras actuales responden verdaderamente a la situación centroamericana y a nuestra finalidad apostólica. Esta era la finalidad del Survey. Desconocemos si la habrá cumplido o no, ya que carecemos de todo informe con respecto a él.

Este estudio científico de nuestras obras debe empalmar con una proyección hacia el futuro, para ver si estas obras se pueden hacer evolucionar hacia los fines deseados o no. Este es el caso concreto de los Colegios y Universidades que, hoy por hoy, son las obras fundamentales de la Compañía en Centroamérica.

2) Toda la formación jesuítica debe sufrir una profunda transformación, y adecuarse realmente a las necesidades, no sólo de hoy, sino en cierta manera del futuro. Formación centroamericana (integrada desde el principio a nuestra realidad), abierta (sensible a los valores no religiosos), balanceada (estudios-actividad), que insista sobre todo en el aspecto creativo (incitar y apoyar las iniciativas) más que en el aspecto asimilador, centrada desde el principio en la vida del grupo (matar el tradicional individualismo -diferente de personalismo- de la Compañía).

3) Finalmente, la misma estructura de la Compañía ha de sufrir una profunda transformación, al menos con respecto al modo concreto adoptado hasta hoy en Centroamérica. Señalemos, por los menos, dos puntos:

a. El papel del superior: Ha de ser fundamentalmente un papel de coordinación. El superior debe ser capaz de aceptar, asimilar e integrar las diversas iniciativas procedentes de los individuos, o de los grupos de jesuitas. Debe estar abierto siempre al diálogo comunitario. En este sentido, la dirección de la Compañía debe ir evolucionando poco a poco a formas mucho más democráticas.

b. Los votos deberán adquirir un sentido mucho más realista, y cumplir su papel funcional. Una pobreza más auténtica y más en consonancia con el ambiente que nos rodea. Una obediencia de tipo más democrático. Una castidad más consciente y menos timorata. No es este el lugar de especificar más. Pero si conviene insistir en que los votos no deben ser inculcados como valores absolutos, sino como valores relativos, condicionados siempre por la circunstancia concreta en que haya que vivir la vida religiosa.

Javier Ibáñez, S.I.

Ignacio Martín-Baró, S.I.

Juan José Ramírez, S.I.

Eegenhoven-Leuven, 10.5.1969.